



LA VIOLETA,

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Todos los señores suscritores y correspondientes que no han satisfecho el importe de las suscripciones que están á su cargo, se servirán remitirlo inmediatamente, si no quieren sufrir retraso en el recibo de los números. Pueden hacerlo en libranzas del giro mútuo ó del Tesoro, también en sellos de franqueo; pero en este caso no responde la Empresa de los que no vengan en carta certificada.

SUMARIO.

Un martes de Carnaval.—Ave-Maria; poesía.—Salones.—Modas.—Esplicacion del pliego de dibujos.

UN MARTES DE CARNAVAL.

En una de las últimas exposiciones de Paris hizo gran sensacion un magnifico cuadro de un célebre pintor que puso con él el sello á su ya

por entonces envidiable reputacion. Todo el mundo tiene todavía delante de los ojos este cuadro, que por otra parte el grabado también ha contribuido á popularizarle, con más el novelesco episodio que forma su asunto.

El fondo representa un paisaje de invierno gris y frio que hace estremecer. Aparecen los grandes árboles despojados de sus hojas, entrelazando sobre aquel fondo brumoso sus negros brazos que retienen la nieve.

Serían las siete de la mañana: á través de la bruma se distinguía la huella de dos fiacres, cuyos cocheros se batían el cuerpo con los brazos para no quedarse ateridos, mientras que sus escualidos caballos bajaban la cabeza melancólicamente á semejanza de los corredores de Hipólito.

En primer término, un jóven cubierto de sangre se hallaba en los brazos de dos máscaras; su mano derecha dejaba escapar una espada, de la cual acababa de hacer uso. Las manchas de sangre que corrían por su traje

marcaban la direccion de la herida, que debia ser mortal á juzgar por la lívida palidez de su semblante.

La espada de su adversario, todavía cubierta de sangre, se hallaba sobre la nieve. En segundo término, dos hombres se alejaban en la direccion de sus carruajes. Uno de ellos iba vestido de arlequin, el otro de salvaje. El arlequin era el que acababa de dar el golpe mortal.

Este bello cuadro titulado *Le Duel de Pierrot* es de un efecto dramático, que penetra el alma y oculta la trágica aventura de un baile de máscaras.

Vedla aquí: aconteció la vispera de un mártes de Carnaval de 18... En una rica habitacion de la *Chaussée d'Autin*, una jóven de 18 años, Mlle. Lucila Berly, estaba sentada á su piano repasando con extraordinario júbilo varias piezas que debia tocar en un concierto, á donde dentro de breves horas debia ir acompañada de sus padres.

Lucila estaba ya vestida para la reunion y se recreaba en el placer que habia de proporcionarle aquella última fiesta del Carnaval.

De repente entró su madre en el salón donde resonaban las alegres notas del piano; llevaba una carta en la mano que presentó á Lucila. Esta, ansiosa por saber su contenido, la abrió, encontrándose con que los amigos en cuya casa debia ser la reunion habian experimentado una grave desgracia que les impedia verificarla, manifestando todo su pesar por semejante circunstancia.

Lucila sintió un disgusto profundo, que casi arrancó lágrimas de sus ojos, teniendo que retirarse á su cuarto por no llorar delante de su madre.

Una doncella se presentó para ayudarla á desnudar: Lucila la despidió para que no fuera testigo de aquel despecho tan visible; pero Justina, que este era el nombre de la camareira, conociéndolo, se empeñó en permanecer allí. Esta jóven se hallaba al servicio de madama Berly desde hacia algunas semanas; fué recibida por la simple recomendacion de un conocido que ella misma presentó, siendo á veces funesta la ligereza con que se recibe en el interior de la casa al enemigo doméstico, que quizá puede ser causa de graves males.

Justina no era mala: muy lejos de esto; pero era coqueta, muy vanidosa y de un aspecto tan provocativo, que hasta en la calle llamaba la atencion de los transeuntes.

Enloquecia por los placeres, los bailes y los espectáculos; y con semejantes disposiciones, poco escrupulosa, se debe comprender que no haria para conseguir el constante objeto de sus deseos.

Viendo á su jóven señorita tan contrariada, trató de consolarla, manifestando que era bien triste acostarse á las nueve como en un convento, cuando todo Paris se divertia, resonando por doquier los ecos alegres del Carnaval.

—¿Y qué quieres hacer, Justina? ¡Yo tambien me divertiria!—dijo Lucila con voz resignada afectando sonreirse; pero su sonrisa era tan poco sincera como sus palabras.

—¡Oh! ¡si me lo permitiérais!... ¡os propondria una cosa!...

—¿Qué tienes que proponerme, Justina?

—¡Oh! una locura; pero la señorita me perdonará.

—Cuando me la digas, veremos.

—Y bien; ¿la señorita no ha oido hablar de un baile de máscaras que se verifica esta noche en la Opera?

—Sí; como que mi hermano Gaston vá; y suele decir muchas veces que ninguna señora decente concurre á él.

—Pues yo he servido á una señora muy distinguida que iba.

La doncella, con pernicioso elocuencia, se apoyó en esto para citar á varias damas del gran teno que habia visto ir con su señora, á la que habia ella misma acompañado varias veces.

—Nosotras,—siguió diciendo,—nos poniamos cada una un dominó; cubriamos la cara con el antifáz, y á la media noche, cuando todos dormian en casa, nos saliamos por una puerta falsa: pasábamos un par de horas en el baile y volviamos sin que nadie se hubiera apercebido de nuestra escapatoria.

Justina hizo además una pintura del baile de la Opera, capaz de inflamar la imaginacion más fria. La presentó con tales encantos que la tentacion entró gradualmente en el corazon de

la pobre Lucila, apoderándose de ella de tal manera que no la pudo desechar.

Por otra parte, los obstáculos que hubieran podido impedir esta escapatoria desaparecieron para Justina, que se encargó de prepararlo todo, los dominós, los billetes, el coche, la salida y la entrada. La puerta secreta, afortunadamente existía también como en casa de su antigua señora, de modo que solo faltaba la decisión de Lucila, que no pudo menos de aceptar la proposición con un júbilo extraordinario.

Todo se verificó según Justina lo había pronosticado: un carruaje las esperaba en la puerta falsa, que iba á la calle de Provenza; al cabo de diez minutos se apeaban en el vestíbulo de la ópera.

Un temblor nervioso se apoderó de Lucila al encontrarse fuera de su casa. En aquel momento hubiera querido volverse; pero ya era tarde.

Los que tengan costumbre de asistir á un baile de máscaras podrán formarse una idea de la indescriptible turbación que sentiría la inocente jóven escapada del seno maternal, al encontrarse en medio de aquel tumultuoso desorden. Desvanecida por tanta confusión, aturdida por los gritos frenéticos, por las estrañas exclamaciones que se elevaban de todas partes, lisonjeadas por los unos, apostrofadas por los otros con espresiones que no habían resonado jamás en sus castos oídos, y que las más veces no comprendía, avergonzada por las miradas cínicas que la dirijían, y todavía más por las de ciertas mujeres que pululaban en el centro de aquella inmensa bacanal; Lucila se turbó, y lo veía todo como en una pesadilla, sintiendo poco á poco un vértigo de sangre que se apoderaba de su cabeza.

Justina, que sentía temblar el brazo de su señora, y la veía próxima á desfallecer, la retiró á un gabinete donde la concurrencia era menos compacta.

Lucila se dejó caer sobre una banqueta.

A poca distancia de ellas un grupo de jóvenes máscaras observaban con visible curiosidad á las dos mujeres, de las que una daba indicios ciertos de estar habituada al baile de la Ópera y de que conocía aquel lugar.

En aquel momento Lucila, casi sofocada, ol-

vidándose de todo, y hasta del sitio en que se hallaba, se arrancó bruscamente la máscara de terciopelo.

Un grito de sorpresa salió del grupo de los jóvenes.

El movimiento de Lucila fué tan rápido, que la doncella no le pudo evitar: se apresuró sin embargo, á volver á ponerla el antifaz; pero el mal estaba hecho, y un mal irreparable.

Uno de los máscaras del grupo dijo á los otros:

—Pues, señor: aquí la de Santo Tomás, ver y creer; si no lo hubiera visto, no lo hubiera creído.

—Ni yo;—dijo un segundo.

—Ni yo;—repitieron el tercero y el cuarto; siguiendo despues todos en coro.

—¡Mile. Lucila Berly en el baile de la Ópera!—esclamó el arlequin con una voz trágica.

—¡Silencio!—dijo uno de los máscaras;—los nombres propios están prohibidos aquí.

—¡Ah! ¡Y yo lo olvidaba!—esclamó riendo el arlequin.—Saben Vds. que es diabólico un rasgo semejante,—prosiguió;—las niñas de hoy quieren regenerar nuestras costumbres.

Y la conversacion continuó sobre este tema. El arlequin, de génio más vivo que los otros, olvidando continuamente la recomendacion que se le había hecho, continuó en sus bromas, mezclando el nombre de Lucila bastante alto para que todos los que le rodeaban pudieran comprenderlo.

Durante este tiempo la jóven, viendo que se ocupaban de ella, estaba como clavada en su asiento, asemejándose á una estatua, y rojo el rostro de vergüenza.

Entre los máscaras que el oleaje llevaba sin cesar de un lado á otro del gabinete, uno, vestido de aldeano, pasó cerca del grupo y escuchando algunas palabras que debieron interesarle, se detuvo á enterarse de la conversacion.

El asunto de que se trataba hizo sobre él un efecto extraordinario; inmediatamente se dirigió á la banqueta donde se hallaba Lucila y su doncella. Se aproximó al oído de la jóven, y hablándola en voz baja, la hizo á las primeras frases levantarse vivamente como herida por un choque eléctrico.

El aldeano la ofreció el brazo y atravesaron juntos el gabinete. Justina los siguió.

El arlequin y sus amigos alzaron un murmullo significativo; pero al pasar por enfrente del grupo, el aldeano dijo al arlequin con una voz que la cólera hacía temblar:

—Caballero, esperadme aquí cinco minutos; tengo dos palabras que deciros.

—Os espero, bella máscara, contestó el arlequin en tono burlesco.

Al cabo de cinco minutos, en efecto, el aldeano volvió á entrar y se fué derecho al arlequin.

—Caballero,—le dijo;—os he oido pronunciar hace poco el nombre de una señorita, habiendo asegurado que esta jóven se hallaba aquí.

—Hay tantas señoritas en el baile de la Opera,—contestó el arlequin,—que no sé á cuál os referís; ¿será sin duda á esa que acabais de dar vuestro brazo?

—Si señor, de esa que asegurais haber reconocido.

—Perfectamente.

—Y la habeis nombrado en alta voz.

—Si, señor; he dicho: «hé aquí á Mlle. Lucila Berly.»

—Pues habeis mentido,—le contestó el aldeano.

El sonido de un bofetón terminó este diálogo.

Los dos máscaras, pálidos de furor, se miraron de alto abajo, reconociéndose instantáneamente. El aldeano era Gaston Berly, hermano de Lucila, y el arlequin, que se llamaba Felipe D'Espart, era uno de los mejores amigos de Gaston.

Los otros máscaras, que eran amigos de ambos, se precipitaron entre los dos adversarios, que estaban dispuestos á arrojarse el uno sobre el otro. Los separaron, llevándolos fuera del teatro, evitando de este modo el escándalo consiguiente. Se fueron en un carruaje á casa de uno de los jóvenes, y tomando dos espadas de combate, sin variar siquiera de traje, se fueron al bosque de Boulogne.

El día empezaba á clarear cuando los dos adversarios y sus testigos descendían del carruaje.

La tierra estaba cubierta de nieve congelada y una niebla espesa oscurecía el horizonte.

Gaston y Felipe se colocaron uno enfrente

del otro; el duelo comenzó. Gaston atacaba con un furor ciego; Felipe, más dueño de sí, se defendía sin descubrirse jamás.

Al cabo de cinco minutos de lucha, Gaston, resbalando sobre la nieve endurecida, encontró la espada de su adversario. Permaneció algunos instantes inmóvil, después vaciló; sus testigos corrieron hácia él y le sostuvieron. La espada de Felipe le había penetrado por el costado derecho.

Se le llevaron moribundo á su casa.

Ved aquí á lo que dió lugar la irreflexiva escapatoria de Lucila; un simple aturdimiento de su parte había muerto á su hermano, recibiendo ella misma en su sensible corazón un golpe mortal.

Al día siguiente su aventura fué divulgada, comentándose en los salones por la maledicencia con la más sarcástica ironía. ¿Qué hombre delicado, sabiendo esto, pretendería su mano? Ninguno ciertamente.

La pobre Lucila, abismada en estas tristes reflexiones, sufría una tortura cruel, lamentando las consecuencias de una falta menos grave en el fondo que en la apariencia.

Gaston, después de haber estado quince días entre la vida y la muerte, empezó á convalecer. Felipe D'Espard, desesperado por aquel funesto acontecimiento, no dejó de visitar á su amigo ni un solo día mientras estuvo en peligro, sintiendo por su convalecencia una vivísima alegría, y deseando con todo su corazón reparar del modo más conveniente los males que había ocasionado.

Al efecto, y portándose como un caballero, pidió solemnemente á monsieur y madama Berly la mano de su hija, declarándoles se encontraría muy honrado con esta alianza; ellos accedieron con gusto, de modo que Lucila vino á ser madama D'Espard, y los testigos del duelo de su hermano, lo fueron de su matrimonio.

Las mujeres que peor habían hablado de ella, acudieron presurosas á sus *soirées*, prodigándole las más dulces lisonjas.

Así es el mundo; hoy adula lo que despreció ayer.

Cada año, sin embargo, la noche del martes de Carnaval, Lucila tiene un sentimiento invo-

luntario. Esta es para ella una fecha que tendrá presente toda su vida.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Traduccion.)

AVE-MARIA (1).

I.

Barqueros errantes
en noche de azar,
hijo y padre navegaban
sin saber á donde irán.

—¡El remo asegura
que arrécia la mar!

¡Hijo, recoge la vela
que avanza la tempestad!

—¡Mire Vd. la barca, padre,
qué serenita que vá!

II.

Desatan las nubes
su inmenso raudal,
y las negras olas braman
y retumba el huracan.

—¡De tu madre, hijo,
despídete ya!

¡Un adios á tus hermanos,
que á vernos no volverán!

—¡Mire Vd. la barca, padre,
qué serenita que vá!

III.

—¡Mal hayas, destino,
que engendras el mal!

¡Hijo, la barca se anega!

¡Adios, vida! ¡Adios, hogar!

Gemia el anciano
del viento al compás,
y el rayo su luz derrama
sobre el sepulcro del mar.

¡Al fulgor contempla
cual ase, el rapaz,
contra su pecho, la imagen
de la Virgen del Pilar!

IV.

Las trombas pasaron,
cesó el vendabal...

—¡Mire Vd. la barca, padre,
qué serenita que vá!

La orilla ya tocan,
en salvo ya están,
y al abrazar á la tierra,
torna el anciano á llorar.

—¡Un *Ave-Maria!*
murmura el rapaz:
ambos á dos se inclinaron
y empezaron á rezar.

La luna ilumina
el manso cristal;
y al alzarse esclama el mozo,
fija su vista en el mar:

¡Mire Vd. la barca, padre,
qué serenita que está!

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

SALONES.

Fecunda ha sido la semana en diversiones, carísimas lectoras, y es seguro que si hubiera muchas como la que acaba de terminar, no podrían quejarse las damas cortesanas de aburrimiento ó tédio: el invierno que ha pasado lánguido é insulso, ha recobrado al fin su vida propia, y parece que á porfía se disputan el placer de ofrecer suntuosas y agradables fiestas á la buena sociedad madrileña, muchas de las personas que por su posicion en ella ocupan los primeros puestos, y en cuyos casos se ha recibido otros años á todo lo más notable que la Corte encierra en esas tres aristocracias hoy admitidas en el gran mundo: la del nacimiento, la del talento y la del dinero.

La Sra. Condesa de Superunda, en cuya casa se efectuó el viernes último un brillante baile, debe figurar al frente de esta ligera reseña, si hemos de seguir en ella el orden con que se han sucedido. Tratándose de sus salones, inútil es decir que en ellos se veian las principales damas de la nobleza, con las que están enlazados por el parentesco y la amistad los señores condes, ni que estas ostentaban esa riqueza unida al buen gusto y la elegancia que tanto distin-

(1) De una coleccion inédita titulada *Flores, nubes y pájaros*.

que á las señoras de nuestra grandeza; no omitiremos sin embargo (por más que hasta indicarlo sea lisonja), que los Sres. Condes de Superunda hicieron los honores de su casa con su proverbial galantería y obsequiaron espléndidamente á sus numerosos amigos, dejando en ellos un recuerdo gratisimo de tan suntuosa fiesta, que terminó á la madrugada.

El domingo tocó su vez á la Sra. Condesa del Montijo. Toda la buena sociedad de Madrid sabe cómo recibe la señora madre de la Emperatriz Eugenia: así que, por más que faltase el más precioso ornamento de sus espléndidos salones (hablamos de sus bellas hijas, llamada una á ocupar un sòlio, y la otra arrebatada prematuramente por habitar un mundo mejor); por más que faltasen, repetimos, esas dos hadas protectoras de aquel recinto, el baile estuvo concurrido, brillante y espléndido, así por la riqueza y la elegancia, como por la hermosura de las damas que llenaban sus salones.

En la embajada inglesa hubo el lunes una comida diplomática, á la que asistieron algunos de los ministros de la Corona; y en la de Francia, el mismo dia por la noche, baile que duró hasta la madrugada. Muchos de nuestros grandes y títulos de Castilla concurrieron á esta fiesta, en la que por decontado se veía todo el cuerpo diplomático, altos dignatarios del Estado y hombres políticos de todos los matices, ya por su posición oficial, ya en representación de la prensa. En casa de los Sres. de Barrot es seguramente donde nuestras damas despliegan toda su riqueza, y diríase al ver tanta pedrería y tanta joya, que consideran estas recepciones como el verdadero centro en que pueden y deben demostrar, que saben unir la elegancia y el buen gusto las señoras de nuestra aristocrácia. Son familiares, digámoslo así, puesto que la mayor parte de ellas están en relaciones por el parentesco. Así encontramos lógico que tratándose de una embajada extranjera procuren dejar bien puesto su pabellon.

En el teatro Real no ha tenido efecto baile alguno de máscaras, como equivocadamente dijimos en nuestro número anterior, y segun nuestras noticias, no habrá más que tres: el primero y último dia de Carnaval, y el primer domingo de Cuaresma. Parece que en este

teatro se darán durante ella los conciertos sacros que tanto agradan á los inteligentes: y ya que de fiestas públicas hablamos, y aunque nos metamos en terreno ajeno, no cerraremos esta Revista sin felicitar al Sr. Romea por el acierto con que puso en escena la inmortal creacion de Moratin, y cuyos productos se destinaban al pensamiento de levantar un cementerio de hombres eminentes, *La comedia nueva ó el Café*, en cuyo papel de protagonista estuvo inimitable, y se escedió á sí mismo: el público escogido y numeroso que llenaba las localidades supo hacerle justicia, y le llamó dos veces á la escena para tributarle sus frenéticos y entusiasmados aplausos, con los que más de una vez le habia interrumpido durante la representacion; los demás actores tambien fueron aplaudidos con justicia, pues desempeñaron sus respectivos papeles á satisfaccion. Reciba, pues, nuestra cordial enorabuena el Sr. Romea, que tan bien sabe sostener su envidiable reputacion.

El lunes 16 habrá baile en casa de la Condesa de Fernan-Nuñez: en el Liceo Piquer no habrá funcion, pero en cambio el primer lunes de Cuaresma se cantará la *Norma*.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

MODAS.

Correo de señoritas.

¿Habeis quedado satisfechas, hermosas lectoras, con mi último artículo de modas? Aunque así fuese, no sería de buen tono que nuestras elegantes llevasen dos meses una misma cosa; las exigencias de la moda reclaman se añada, se quite ó se varíe, para que la belleza se presente cambiando de formas y con el doble atractivo de la novedad. Hé aquí, pues, mis últimas noticias.

El traje de forma *princesa* no se ha abandonado; algunas veces es *princesa* solo por delante, y el resto como los demás; otras sin ser *princesa* es casi liso por delante, y los gruesos pliegues no empiezan sino por los lados. Los cuerpos son siempre lisos, con botones de arriba abajo, algunos con tirantes, bertas, en punta ó cuadradas. Se llevan menos con cintura, y un poco más de puntitas por delante, formando chaleco; adornados de encañonados;

de encajes, de pasamanería, por detrás punta ó pequeña aldeta. Las mangas decididamente son bastante estrechas y casi todas de codo; en los trajes de vestir son algo más anchas, pero están aún muy lejos de ser pagodas; muchas veces se abren hasta el codo, ó forman quebraduras abriéndose tres veces. Nada de faldas lisas; aun las jóvenes, es menester confeccionarlo, llevan pocos trajes sencillos; para ellas son con encañonados de tafetan ó de terciopelo, *rouleaux*, bieses, *soutachés*, galones y rizados. Para agotar este asunto puedo designar un vestido que sirva para grandes visitas, y pequeñas reuniones; es de tafetan gris rosado, color muy de moda; el bajo guarnecido de cinco encañonados pequeños de cinta gris un dedo de anchura, y adornados á ambos lados de una trencilla blanca; hay dos cuerpos, uno alto, y otro escotado cuadrado, y no tiene más que hombreras; lleva por arriba muchos encañonados; el cinturón ancho y sujeto por detrás, está rodeado del mismo adorno; con este cuerpo, la guimpa y las mangas blancas anchas, cerradas y con puño, son de tarlatana y enteramente plegadas, lo que forma un traje encantador. En algunos adornos se une el *soutaché* de seda con cinta, lo que es de bellísimo efecto.

¿Y el traje Postillon ó Mosquetero, no tienen suficientes atractivos para tentarlos? Si supiérais su elegancia distinguida y original: no se parecen á los que podeis hallar en tal ó cual salón. Hacen un talle elegante, y están tan admirablemente montados que elevan la talla de las que los llevan.

Todavía una novedad; el traje Luis XIV, de terciopelo bordeado de pieles, es enteramente traje de caballeros. Las marquesas del día, dice Madame de Renneville, se disfrazan en marqueses de otro tiempo. Se encuentran dos mujeres encantadoras, y hé aquí la conversacion que se les oye: ¿A dónde vais?—A casa de mi sastre *Paris et Carpentier, Boulevard de las Capuchinas*.—Yo, contesta la otra, voy á buscar mi chaleco y mi corbata.—¿En dónde tomáis vuestras botas?—¿Y vos vuestro látigo?—A propósito, ¿qué pluma poneis á vuestro sombrero de archero?—¿Hablan dos mujeres ó dos hombres? Apenas podria decidirse.

Las formas de los cuerpos, para trajes de baile, no cambian por ahora; son con grandes petos y á cinturas para jóvenes, y con bertas redondas, puntiagudas, y sobre todo cuadradas; ó bien á *draperies* ó á corsetitos en tafetan, raso, y terciopelo de color claro, pero algo mayores que antes. Algunos adoptan la forma griega que es graciosísima, pero que debe ser ejecutada sin mejorar. Las mangas son muy cortas y no muy voluminosas.

Las faldas adornadas como siempre por

abajo; bullones, *ruches* escarolados, colocados á lo largo ó en bieses, en rombos ó formando toda especie de dentellones; las blonditas rizadas, los estrechos encajes negros, y los volantes de encaje bastante bajos, juegan un gran papel en los adornos; poquitos volantes de tela, á menos que no sean escesivamente pequeños y casi siempre encañonados, anchas túnicas lisas ó adornadas, y algunas veces tambien anchas puntas redondeadas á manera de las de los fichús, sobre cada costura, bajando desde el talle hasta media falda y guarnecidas de diversos adornos.

Las coronas, siempre muy altas en medio de la frente; poco oro, pero sí flores y hojas mezcladas de raices, de ramas muertas y de frutos negros. La fantasia llega hasta su colmo, admitiendo para adornos hasta los objetos más especiales, como son: mariposas disecadas, que cuestan á buen precio; pájaros con nidos y huevos y hasta lagartos, lo que no deja de ser de muy mal gusto. Para señoras se hacen muchas coronas de encajes negros rizados, con ramos de flores, ya sea en medio ó sobre el lado: el mismo género se hace para jóvenes, y para semi-toilette, con grupos de terciopelitos pequeños.

Los peines son con galería de oro, de acero, de coral rosa, y más sencillos, de concha clara ó oscura, con bolas ó ancho lazo. Como novedad, es un peine con galería de terciopelo, se puede hacer de todos matices y sirve de adorno para gran comida, espectáculo, etc.

Dos trajes de baile dignos de recomendarse. Vestido de tul céfiro ó de Lyon blanco; cinco bullones pequeños por abajo; encima guirnalda de dondiegos de día; túnica á grandes dientes puntiagudos bordeados de tres vueltas de blonditas, cada cual superada de un *ruche* de tul ilusión; por encima y siguiendo los dientes, guirnalda de dondiegos; cuerpo con berta de bullones y guirnalda; en la espalda y en el cuerpo ramos de la misma flor. Adorno redondo de dondiegos con largo cabo por un lado.

El otro es una falda de organdí con diez volantitos encañonados, segunda falda y cuerpo de tafetan rosa, levantada la falda por ambos lados con ramilletes de rosas y ramas de brezo blancas; cuerpo abierto por delante, dejando ver una camiseta de organdí plegada, lo alto del cuerpo adornado de un volante encañonado formando berta. Adorno de rosas sin hojas por un lado; por arriba ramas de brezo echadas á manera de plumas.

Para teatro un albornoz de encaje español negro ó blanco; la pelerina á capuchon redondo, toda de encaje negro; el capuchon se recoge un poco al derredor del rostro y vá adornado por encima de un lazo de raso. Una nueva

forma de abrigo de teatro es una especie de albornoz árabe; uno de los cabos se echa á un lado y se asegura en la espalda formando preciosas draperías al estilo antiguo.

Nada nuevo en sombreros sino una fantasía: un sombrero de terciopelo guaracido de *fanchons* de armiño ó de guarnición de cisne. Es bastante original, es menester confesarlo; me gustaria más otra cosa. Los sombreros todos de terciopelo se escojen con preferencia á los mezclados de tul; están guarnecidos sencillamente por encima, pero no por dentro, porque las vueltas de la cabeza están muy embarazosas. Los de felpa fina ó terciopelo de York gozan también mucha boga, sobre todo, grises de diversos tonos.

No puedo menos de hablaros sobre una red-cilla de cabellos invisible que hallareis en Paris, calle de Turbigo, al ángulo del Boulevard Sebastopol, porque sostiene el cabello aunque sea para baile, sin que el ojo más escrutador pueda apercibirla. Reparad que esta red es de cabellos y se confunde naturalmente con el de la cabeza, no haciendo con él sino una misma cosa. Ofrece, además, la ventaja sobre la de seda, de tener una fuerza resistente capaz de sostener el cabello más pesado, porque se hace para los peinados de salir á la calle. ¡Qué maravillosa forma tiene esta red, que recuerda las redes de Vulcano y todas las que se le quieran dar! Tan pronto aprisionando toda la cabeza y muchas contentándose con proteger el rodete. Bastará escribir á Mr. Danguy que tiene privilegio, y enviarle un mechón de cabellos.

En conclusion, os recomiendo los maravillosos pañuelos llamados de la Emperatriz Eugenia, con que Mr. Chapron acaba de obtener en Londres un brillante triunfo. S. M. con una gracia encantadora los habia dibujado por sí misma, indicando muchos dibujos inéditos que pasó de lapiz con su imperial mano. Todos los pañuelos de Chapron son tan caprichosos, que ninguno se parece cuando se trata de completar una docena. Para los caballeros del gran mundo el pañuelo *Valeviski* es el gran género. Es de batista cruda, color natural con rayas de color tejidas en él.

Por último, no sabré recomendaros bastante el Agua de la Florida de Mr. Guislain, que además de impedir que el cabello se decolore devuelve al que ya lo está su color natural, no siendo un tinte, sino una renovacion que no sabreis agradecerme bastante.

Adios, queridas lectoras; bien veis cuán presentes os tiene vuestra siempre apasionada

JOAQUINA DE CARNICERO.

Explicacion del pliego de dibujos que repartimos con este número.

1. Escudo y cifra: al pasado y feston.
- 2 y 3. Gorro de niño: ojetes y feston.
- 4, 5 y 6. Cenefas y casco, de un gorro griego para caballero, bordado á cadeneta ó cordoncillo de oro sobre terciopelo, paño ó cachemir.
7. Escudo y cifra: bordado á plumetis.
8. Entredós para enaguas: á la inglesa.
9. Entredós á plumetis: para falda de cristianar.
10. Escudo y cifra: á plumetis.
11. *Angela*, nombre y escudo: á plumetis.
- 12, 13 y 14. Cifras enlazadas para bordar al pasado.
15. Cenefas para pantalon ó enagua de niña; bordado al pasado y ojetes.
16. F. M. B. T.: letras para sábanas, plumetis.
17. Escudo con iniciales: bordado á feston y al pasado.
18. Punta de pañuelo: bordado de trencillas y feston, superado de un cordoncillo.
19. Cenefa: á plumetis y feston.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS.

No desdeñes á ninguno, por pobre é insignificante que te parezca; pues bastará que Dios diga: «Hágase,» para que tú ocupes su lugar, y él el tuyo.

Todos los goces de la vida tienen su lado de amargura, escepto el que reportan las obras de caridad.

No hay venganza de mejor efecto para un enemigo, que saber perdonar generosamente y á tiempo sus ofensas.

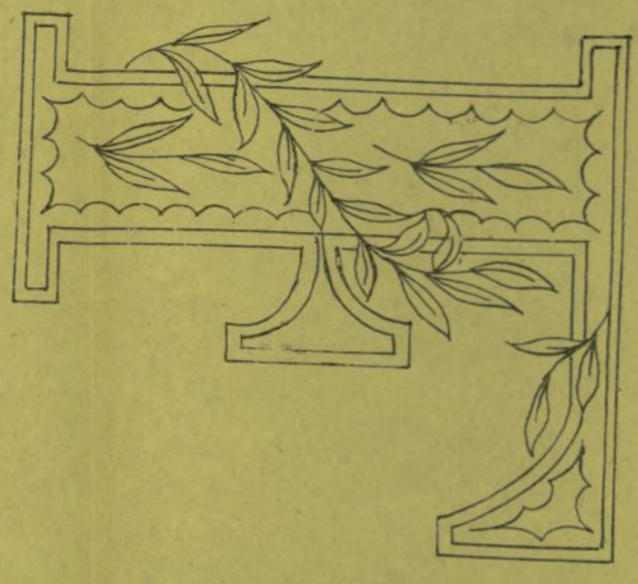
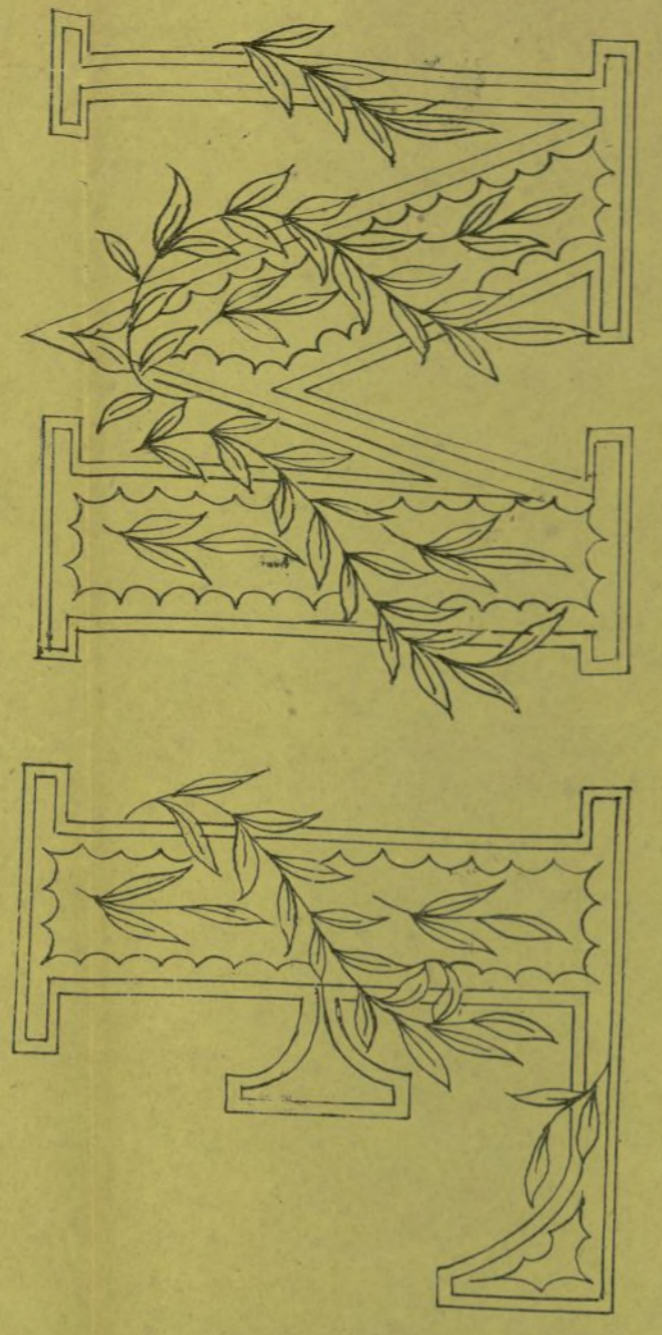
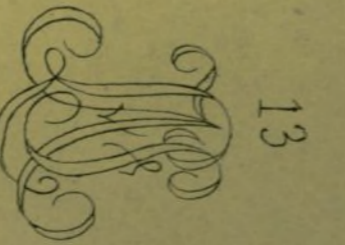
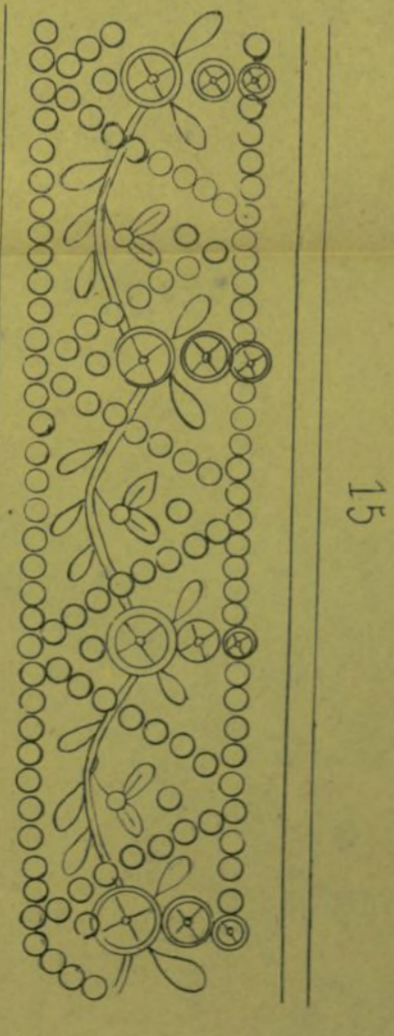
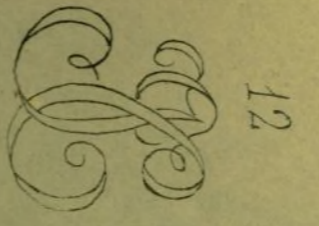
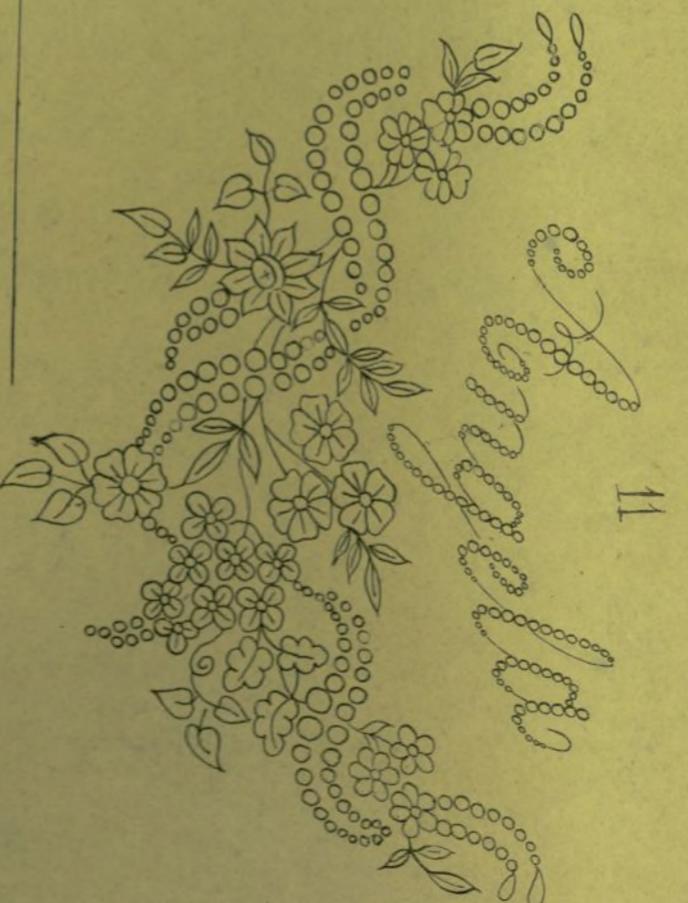
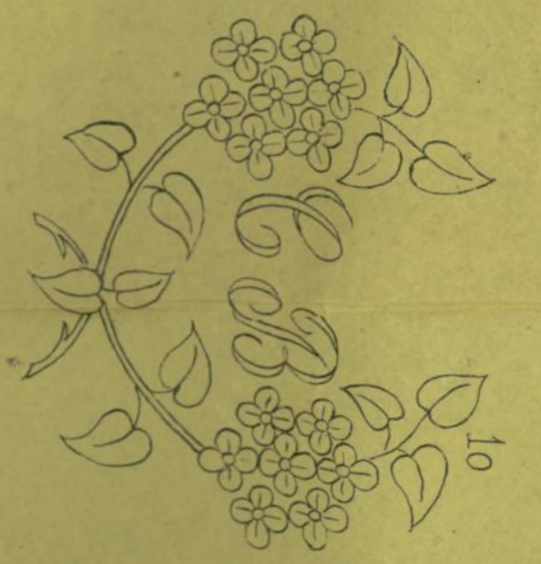
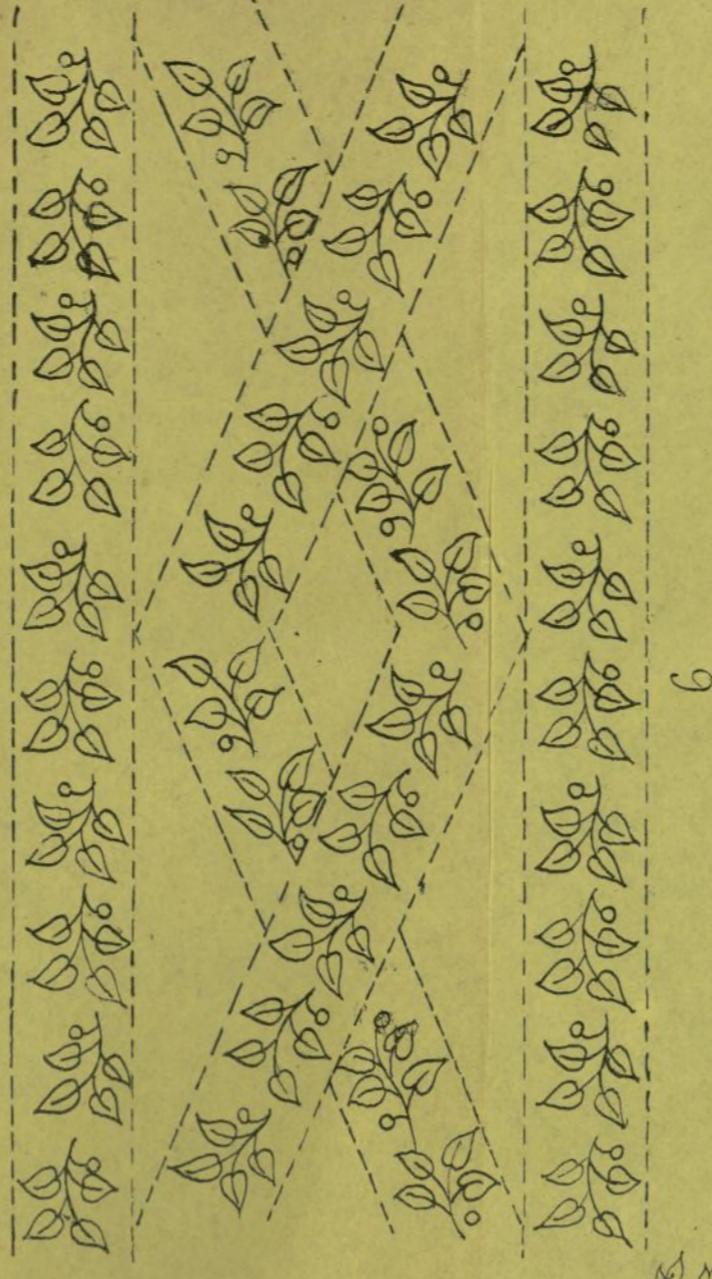
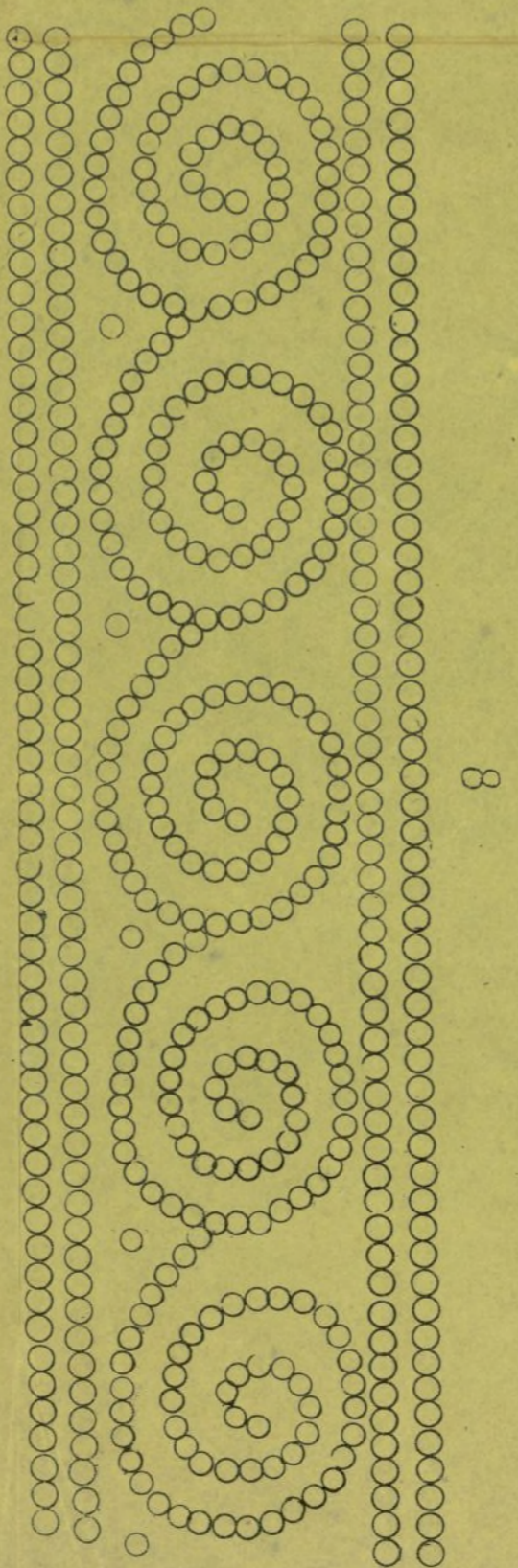
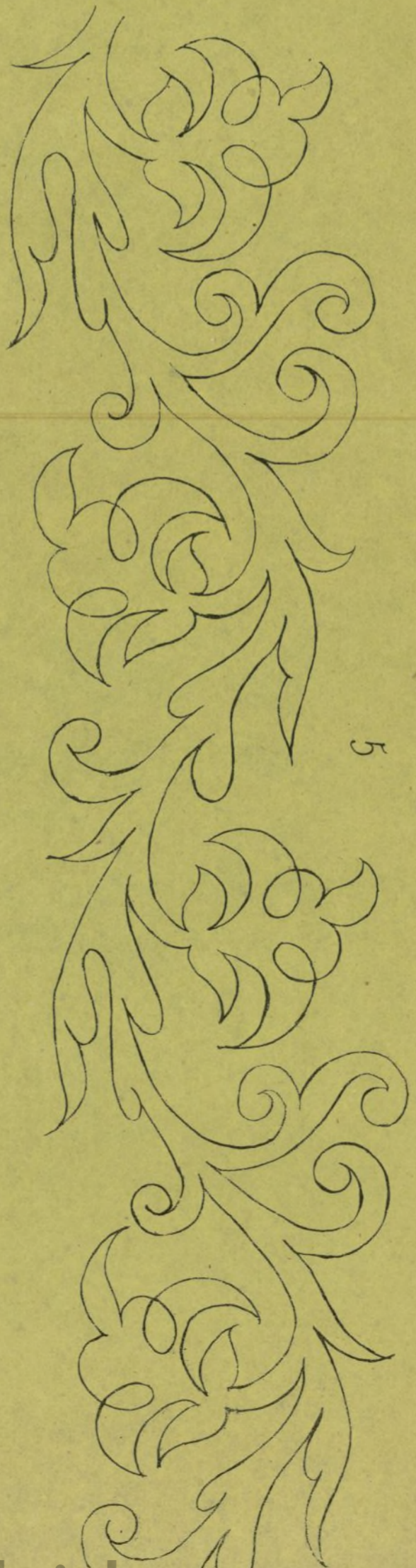
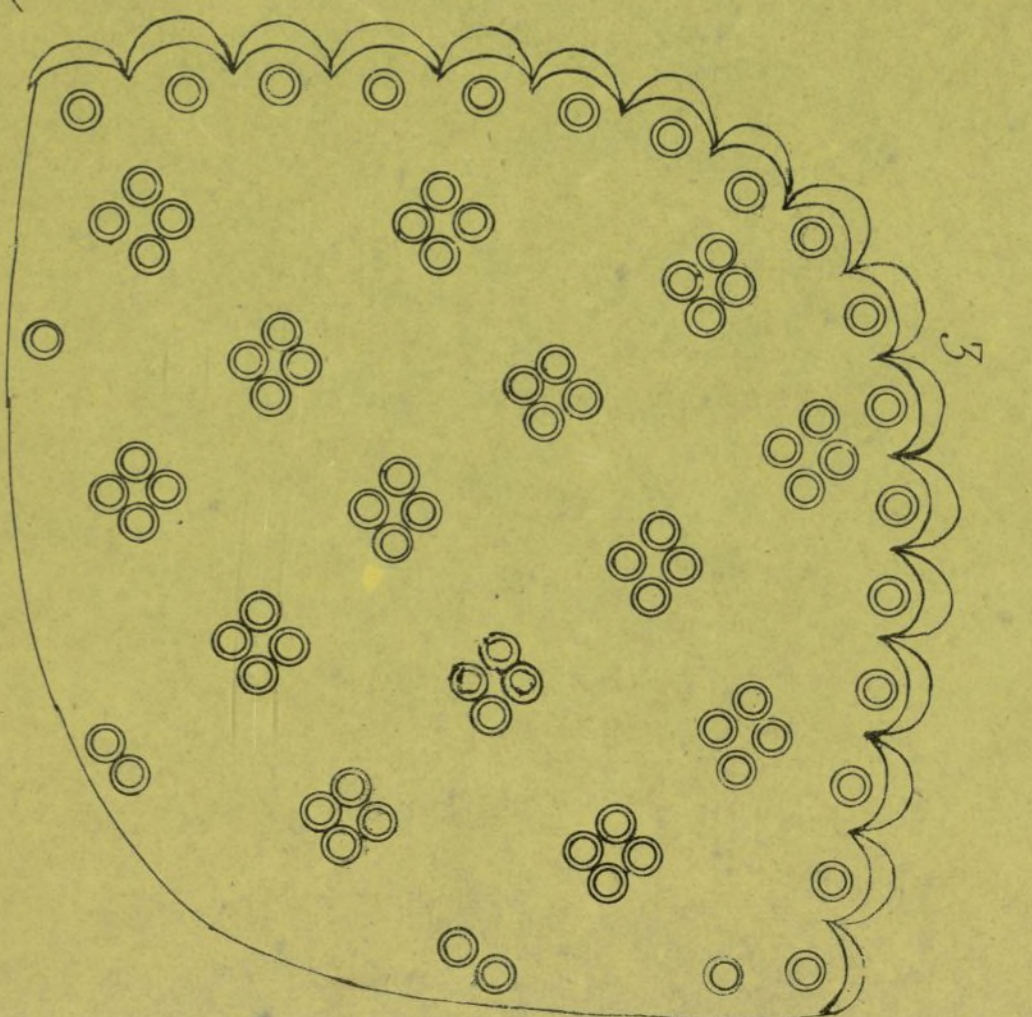
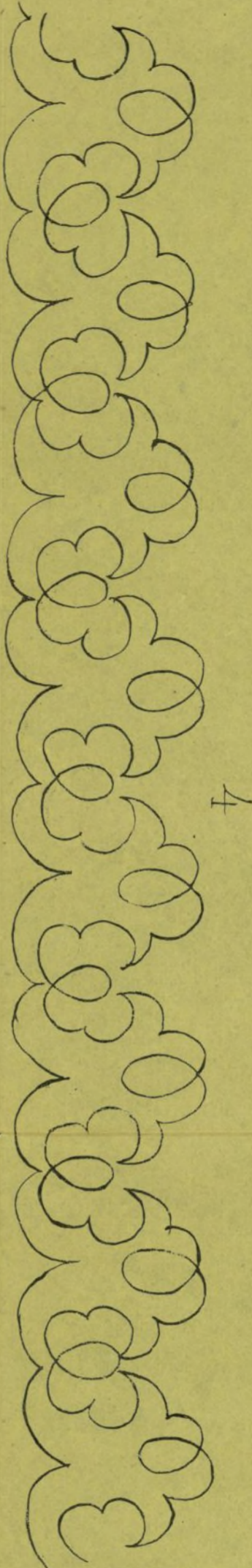
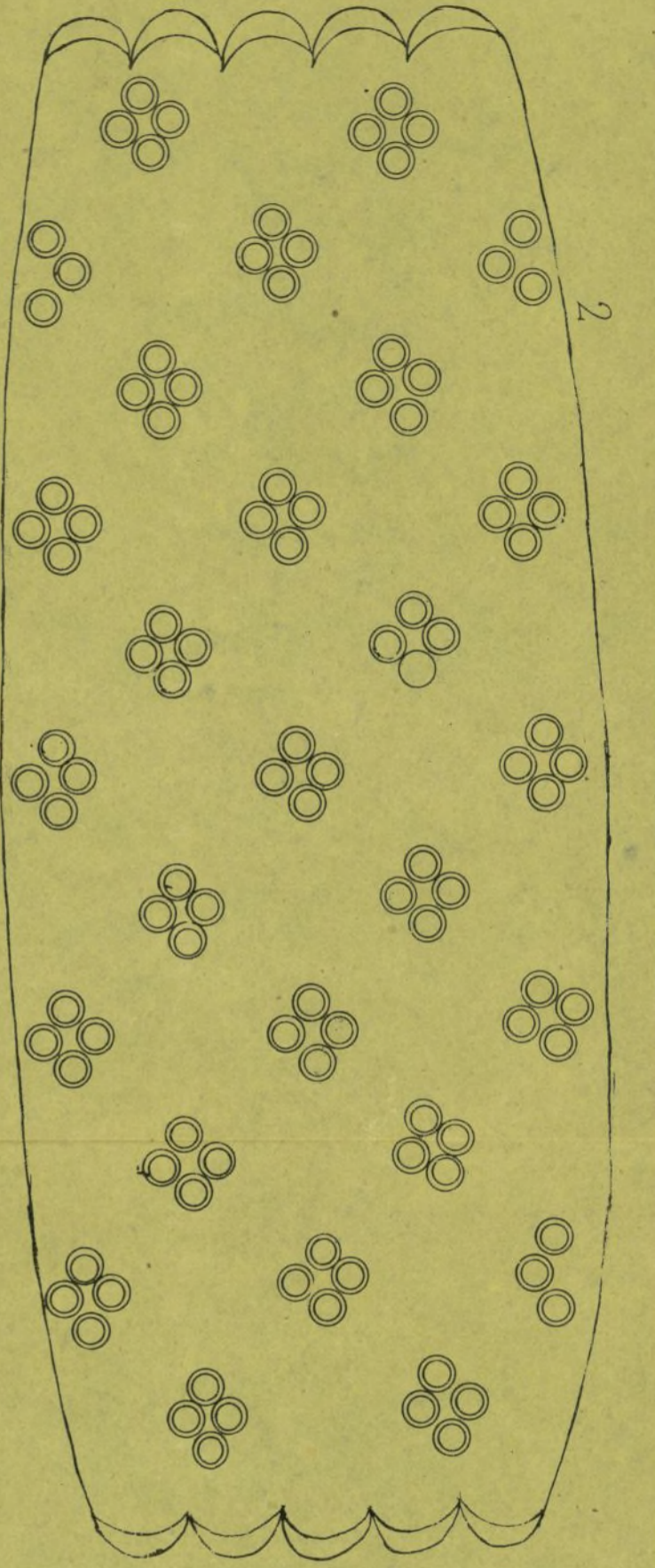
ROGELIA LEON.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1865.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 5, principal.

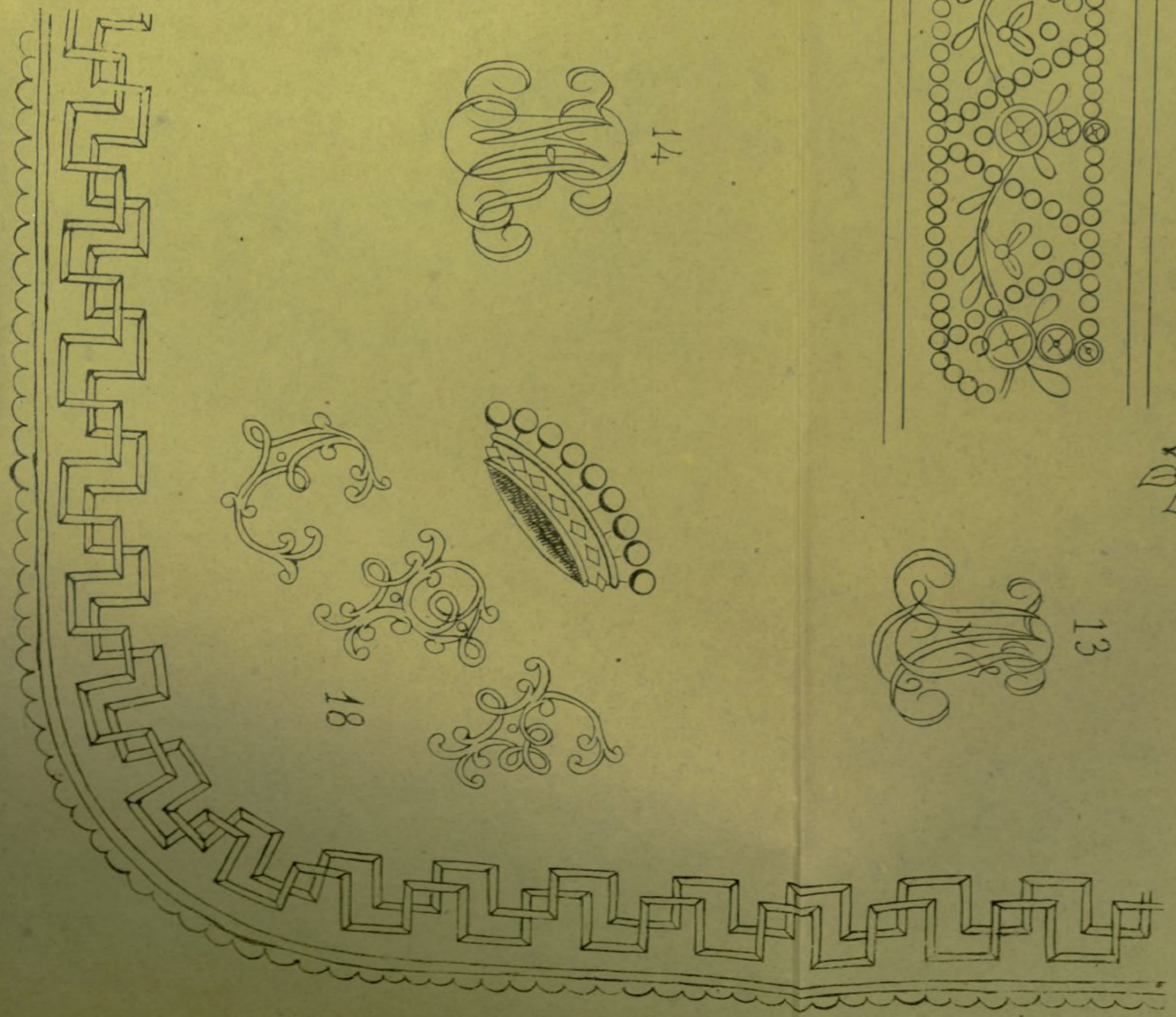
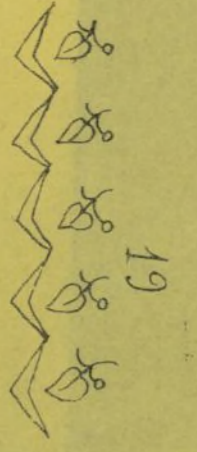
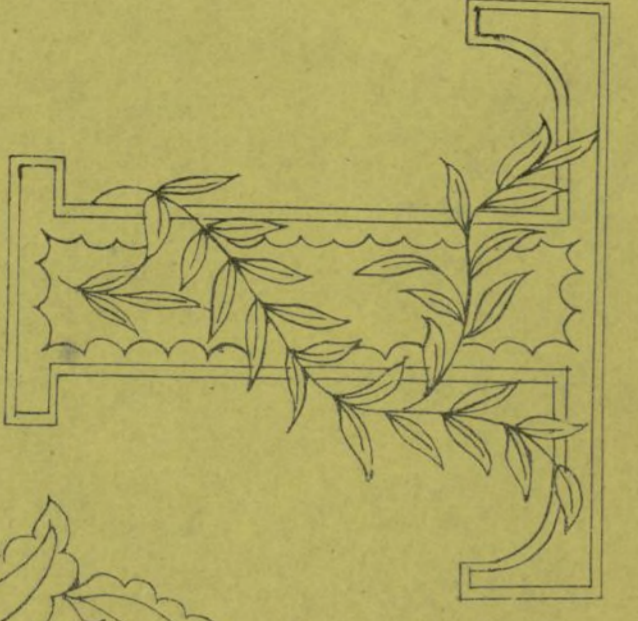
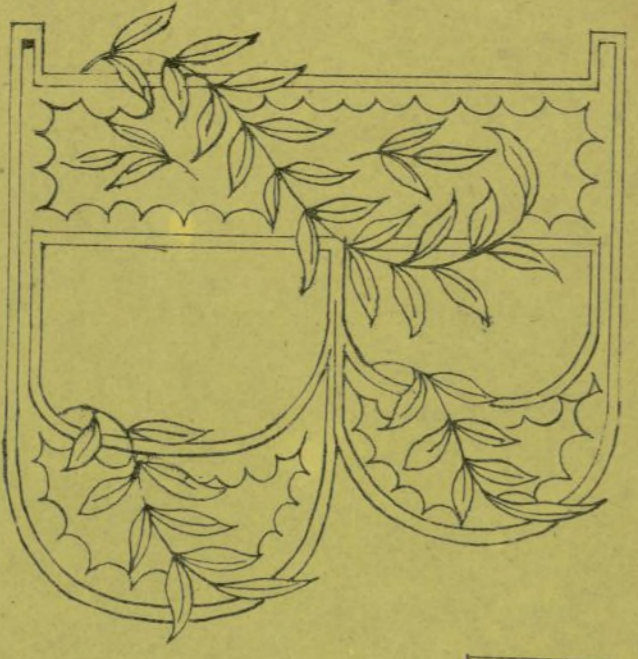
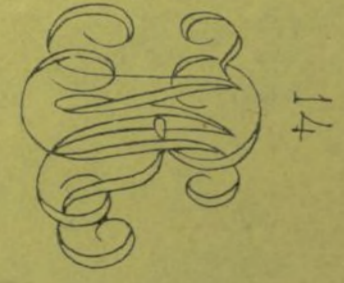


LA VIOLETA

Postigo de S^o Martin n.º 9. 3^o.

MADRID.

Febrero 1863.





Mode Sup. r. 34 bis en 176. 90. Paris

1040

LES MODES PARISIENNES

*Coiffures de la Maison Gagelin - Fleurs et Plumes de M^{me} Gilman
Passementerie et Gants de la Ville de Lyon - Lingerie et Dentelles de la C^{ne} Royale
Chaussures de la M^{on} Souvenot - Corssets de la M^{on} Simon - Eventails et Parfums de
Faguer Laboullée - Tournons multiples de M^{me} Pauline - Foulard pour
Robes de la Halle des Juifs - Envois de la M^{on} de Comm^{on} Lavoalle et C^{ie}*

Bureau du Journal au Ayuntamiento de Madrid



bu
di
est
tra
se
jer
las
pre
sa
ras